

Textos de la celebración de la Eucaristía

Primera Lectura: del libro de Isaías (35, 4-7)

Decid a los cobardes de corazón:

«Sed fuertes, no temáis.

Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará»

Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará.

Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa; el páramo será un estanque, lo reseco un manantial.

Salmo Responsorial: Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

Que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos. R/.

El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos,
el Señor guarda a los peregrinos. R/.

Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad. R/.

Segunda Lectura: de la carta del apóstol Santiago (2, 1-5)

Hermanos míos:

No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo. Por ejemplo: llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos; el otro es un pobre andrajoso.

Veis al bien vestido y le decís: «Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.» Al pobre, en cambio: «Estáte ahí de pie o siéntate en el suelo.»

Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos?

Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que lo aman?

Evangelio: san Marcos (7, 31-37)

En aquel tiempo, dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

— «Effetá», esto es: «Ábrete.»

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían:

«Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»



Reflexión : De Javier Garrido “Seguir a Jesús en la vida ordinaria”

1. Situación

La personalización es un proceso, no sólo en cuanto la vida es tiempo, sino, radicalmente, en cuanto es transformación gradual. A veces, la transformación se da de

repente, en el camino de Damasco. Se le llama «la gracia tumbativa». En la historia de los creyentes hay momentos en que irrumpe la Gracia y se da un viraje. Más tarde comenzará a entenderse que el cambio repentino estaba precedido por cierto proceso crítico, por una especie de tensión acumulada. Ocurre, además, que estos cambios producen la ilusión de haber superado todas las dificultades. Cuando pasa la intensidad del golpe, si la transformación es del Espíritu Santo, permanecen los frutos esenciales del cambio (nuevo sentido de la existencia, paz transicológica, emergencia de la vida teologal), pero vuelven las tendencias que se creían superadas (ansiedades psicológicas, reacciones temperamentales, etc.).

En la mayoría de los casos, la transformación no es repentina, sino gradual. Es al cabo de cierto tiempo, cuando, mirando retrospectivamente, nos hacemos conscientes de la transformación vivida.

2. Contemplación

— La lectura de Is 35 habla en términos irruptivos para destacar la fuerza transformadora de la Gracia. Sea irruptivo el cambio o sea gradual, la experiencia es la misma: «Han brotado aguas en el desierto».

— El salmo responsorial celebra la fidelidad del Dios salvador de los pobres y cautivos.

La curación del sordomudo del Evangelio de hoy resulta altamente simbólica. A diferencia de otros relatos, éste se detiene en cada uno de los gestos de Jesús. Abrete es la palabra salvadora. El evangelista destaca que Jesús se la dice mirando al cielo y suspirando. El resultado es un hombre nuevo: abierto a la Palabra, libre para anunciar la Buena Nueva y que habla sin dificultad, sin miedo.

Pidamos al Señor Jesús que nos dé su Espíritu, que nos abra por dentro, cerrados como estamos a Dios y al prójimo.

3. Reflexión y praxis

El proceso de liberación interior se traduce muy bien por ese «soltarse» del sordomudo, que dice el Evangelio.

Durante mucho tiempo ni siquiera nos damos cuenta de lo atados que estamos. Ataduras de todo tipo:

- Represiones psicológicas.
- Bloqueos de relación con algunas personas.
- Incapacidad para salir de nosotros mismos.
- Miedo al sufrimiento.
- Necesidad de dominar la existencia.
- Aferrados a la autoimagen.
- Amor estrecho, calculador, torpe.

Algún acontecimiento imprevisto, la lectura de algún libro, la conversación con una persona que nos lee «por dentro», una luz en la oración, alguna experiencia afectiva que nos descontrola, ...y comienza a hacerse por dentro la revolución. Momentos críticos en que sufrimos dolorosamente nuestras ataduras. Se ha desencadenado el proceso de transformación.

Al principio asusta. Se tiene la tentación de volver atrás, a lo seguro. La liberación va a depender del espíritu de verdad, de no huir de la propia realidad, y, con frecuencia, de la disponibilidad a dejarse ayudar. La autosuficiencia suele enmascarar los miedos al cambio.

Después de una etapa de confusión, se recogen los primeros frutos: Uno puede dar nombre (¡puede hablar!) a su pasado, a sus limitaciones y miserias, y comienza a leerse la historia personal en una unidad de sentido. Experiencia de reconciliación consigo y con el pasado. Liberación de la autoimagen narcisista, integración positiva de lo negativo.

La fe, el mundo de Dios, se perciben progresivamente en correlación con la realidad humana. Se descubre al Dios de la liberación y de la historia, su humanidad; y viceversa, la existencia humana adquiere una densidad nueva, abierta a la Trascendencia. La Gracia es entendida y vivida no sólo como algo que adviene «desde fuera». La finitud y el mal ya no necesitan explicación, pues la vida tiene su fuente en la confianza. El secreto gozoso, recién descubierto, se llama Amor fiel e incondicional, que lo sustenta todo, lo recrea todo, lo conduce todo a una Plenitud insospechada.